

Libros

CuadMon 1 (1966) 1-12
J.M.B.B. y M.B.

CULTURA Y VIDA CRISTIANA. Iniciación a los autores monásticos medievales. Por D. Jean Leclercq, Ediciones Sígueme, Salamanca, 1965.

Siendo esta obra, como indica el subtítulo, una introducción a la lectura de los escritores monásticos antiguos, la palabra “cultura” empleada en la traducción castellana, realizada por dos beneméritos monjes de Poblet, debe entenderse preferentemente en sentido de *cultura literaria*, que es lo que expresamente indica el texto original cuya traducción literal sería “el amor de las letras y el deseo de Dios”, ya que “letras” designa ante todo la poesía, la elocuencia, la historia, el arte epistolar, y en general la ciencia y arte de la palabra hablada o escrita. La expresión de “deseo a Dios” señalar la principal característica de esa cultura: su orientación mística, es decir, su independencia de todo móvil que no sea la unión directa con el Señor, “marcada por un deseo intenso, una continua tensión escatológica”.

La obra está constituida por “una serie de elecciones dadas a monjes jóvenes en el instituto de estudios monásticos de San Anselmo, en Roma, durante el invierno 1955-1956”. Y esos jóvenes discípulos tuvieron la inspirada idea de incitar al maestro a que publicara sus lecciones; con lo cual, inmensamente dilatado el ámbito de la cátedra, todos los monjes que tanto nos interesamos por conocer cuanto atañe a nuestros orígenes y a nuestra evolución en vista de preparar un futuro que sea actualizado y auténtico amanecer de un ayer pródigo en saber y santidad, podemos beneficiarnos cómodamente de tan doctas enseñanzas.

Para que no creamos que por ser lecciones académicas necesariamente tienen que sernos abstrusas, se apresura el autor a aclararnos que “es una obra de iniciación; no se dirige, por tanto, a especialistas, a estudiosos ya informados.” “Y el único deseo de estas páginas, nos termina diciendo en la introducción, es el de aguijonear el deseo de leer a los autores monásticos”.

Consta la obra de tres partes: La formación de la cultura monástica. Las fuentes de la cultura monástica. Los frutos de la cultura monástica.

En torno a este esquema tan espontáneo y translúcido va acumulando el autor una inmensa riqueza de datos reunidos con naturalidad y concierto, y aglutinados con reflexiones y conclusiones de uno que habla con autoridad.

En la primera parte nos presenta la conversión de san Benito -renuncia a los estudios en parte realizados, para buscar sólo a Dios- como la norma común de los monjes de la antigüedad. “Docta ignorancia” cuya actividad fundamental es la “lectio divina” y la mente en la literatura. De modo que paradójicamente, aunque se abandonen los estudios en busca de Dios, esta búsqueda exige alguna cultura literaria; y entonces “sigue siendo verdad que para San Benito, como para todos los legisladores monásticos de su tiempo, el monje debe poseer el conocimiento de las letras y una cierta erudición doctrinal”.

Hallar el equilibrio adecuado entre estudio y vida divina ha sido y sigue siendo el gran problema del orden monástico.

Al influjo que la conversión de san Benito tuvo en el que las letras fueran uno de los elementos de la cultura monástica, hay que añadir la influencia decisiva de san Gregorio el Grande en que esa cultura se impregnara de sentido escatológico. Este gran monje, informador de la espiritualidad de la edad media, que a pesar de su inmensa actividad administrativa llevó siempre en su alma la nostalgia de la vida de oración retirada; este pontífice doliente - “su enfermedad es uno de los grandes acontecimientos de la historia de la espiritualidad”- que experimenta en su cuerpo el peso de lo mortal, nos ha enseñado la “compunción”, pinchazo de Dios, que despierta el deseo del cielo.

San Gregorio, “doctor del deseo”, tiene su léxico henchido de vocablos que expresan tendencia a la “sublimación”. Y “el medioevo monástico no cesó de reflexionar sobre esa doctrina”.

Siendo la lengua el símbolo de una cultura e índice de su nivel, el desarrollo del latín, lengua de la cultura monástica medioeval, nos mostrará el alcance y características de dicha cultura. Ahora bien, el latín de la edad media nació y creció en relación con las necesidades religiosas, junto al altar, como un elemento más del culto. San Beda y san Bonifacio fueron gramáticos. Pablo Diácono y Alcuino, realizadores de la restauración carolingia, llevaron al latín medioeval a una calidad no inferior a la de los humanistas del siglo 16. Ellos y tantos otros como Notgero y Esmaragdo redescubrieron y asimilaron la herencia literaria de la antigüedad y la amalgamaron con la tradición bíblica y patrística. “Si encontramos en ellos (en los poetas paganos) algo útil, comentaba Rabano Mauro, lo convertimos a nuestra dogma”.

En la segunda parte, -“Las fuentes de la cultura monástica”- luego de dedicar varias páginas insistiendo sobre lo que constituye la orientación dominante de la cultura monástica -“la devoción al cielo”- en cuyos símbolos y temas aplicaron predilección los monjes medioevales sus dotes literarias, nos habla de las fuentes de dicha cultura, que reduce a tres: la sagrada Escritura, la tradición patrística y la literatura clásica.

Respecto a la sagrada Escritura nos enteramos, por una parte, del sistema de lectura de aquellos monjes -un rumiar- y sus curiosas consecuencias, como la reminiscencia, la digresión literaria, la viveza de imaginación; y por otra, del valor religioso de la Biblia que alimentaba en ellos el deseo escatológico. Esto último explica, prescindiendo de otras explicaciones fundadas en la psicología de las profundidades, el porqué tuvieron los monjes tanta afición al Cantar de los cantares, poema-programa de la búsqueda de Dios.

Del acervo doctrinal patrístico los monjes se sintieron cautivados, como por afinidad anímica y comunión de ideales, especialmente por los escritos monásticos y bíblicos de los Padres orientales, cuyo “antiguo fervor”, según el anhelo de Guillermo de Saint-Thierry, supieron implantar en las nieblas del frío Occidente. El gran leído y meditado fue Orígenes. Asimismo fue muy vasta la herencia que recibieron los Padres latinos, en particular de san Ambrosio, san Jerónimo y san Agustín. De los Padres asimilaron los monjes, no sólo la doctrina, sino también el mismo vocabulario que resultaría arcano si no se conociera su fuente. Así: “theoria” equivale a “contemplación”; “theorica studia” no son estudios teóricos, sino “amor de la oración”; y “filosofar” quiere decir “ser monje”. Es decir que ha habido una real continuidad entre la era patrística y la cultura monástica medieval; continuidad basada, no en un conocimiento libresco, sino en una vivencia auténtica, y que hizo que la cultura monástica tuviera fisonomía propia: la de ser una cultura patrística.

Los clásicos latinos -“entusiasmo de unos, escándalo de otros, y ocupación de todos”- fueron leídos y estudiados generalmente por los monjes en su juventud, o a lo largo de sus vidas, con el concepto optimista de que cuanto de bueno y hermoso dijeron los paganos pertenecía a los cristianos. Se consiguió “liberar la conciencia de maestros y discípulos acerca de los autores paganos y desarrollar en todos el entusiasmo y la facultad de admiración”. Admiración contrapesada luego, es verdad, por cierta desconfianza por lo que esas obras podían contener a veces de obscuro y de mitológico. A pesar de lo cual un monje podía recibir a un Tito Livio como lectura de cuaresma... Tal cultura clásica influyó desde luego profundamente en las obras de arte de los monjes, enriquecidas además con los aportes de una arqueología estudiada e investigada con pasión en viajes, excursiones, museos y colecciones; en sus escritos, en los que además de citar consciente o inconscientemente a los autores, transfundieron la misma técnica de los clásicos: la ficción literaria; y, en fin, en la misma personalidad de esos monjes que, siendo como son, digámoslo así, “primitivos letrados” experimentan reacciones psicológicas no interferidas y las expresan con extraordinarias galas de exageración literaria, como es el caso de hombres tan de Dios como san Bernardo y Pedro el Venerable. Otras de las consecuencias de la cultura clásica ha sido la irreprimible necesidad de componer versos, el sentido del humor, -preciosa cualidad del espiritual-, y humanismo tan equilibrado de los escritores monásticos.

Los frutos de la cultura monástica: obras literarias, obras teológicas, el aporte a la liturgia

En cuanto a las obras literarias los monjes han preferido escribir sobre hechos y experiencias más bien que sobre ideas.

Han sido grandes cultores de la historia, que han manejado con sentido crítico, aunque, como es obvio, no de acuerdo a los métodos de hoy. Tenían, eso sí, de la historia, una idea diversa de la nuestra. Fueron de los lamentables casos de pura invención o de falsificación, tratándose de escritos hagiográficos “no se proponían historias verídicas, sino proponer una doctrina moral, la cual es siempre verdadera”.

“Es necesario para comprenderlos, adoptar sus puntos de vista. Tendremos, entonces, que la leyenda, en cierto sentido, es más verdadera que la historia, pues nos transmite otro aspecto de la misma verdad, el que pertenece al ideal más bien que a sus realizaciones pasajeras”.

“El sermón es, en la literatura monástica, el género más cultivado”. Dos veces al día tenía lugar el “sermón” en Las abadías: por la mañana, en el claustro, antes del trabajo; y por la tarde, al final del mismo, debajo de un árbol, o en otro lugar en que todos pudieran sentarse en torno al superior. Frecuentemente los sermones pronunciados en esas circunstancias nos llegaron sólo en forma de “sentencias”: textos tomados al vuelo, o bosquejos, y están llenas de buen sentido monástico.

“Esas ‘sententiae’ del monaquismo medioeval recuerdan muy de cerca los ‘verba seniorum’ del monaquismo antiguo, se parecen a ellos, y son efectivamente su continuación”. Con esos sermones no hay que confundir los que se redactaron sin haber sido pronunciados: unos no tienen ninguna relación con la predicación real, y pueden reducirse al género epistolar; otros son sermones escritos para ser leídos ante una comunidad, como esas cuatro homilias de san Bernardo sobre el “Missus est”, “obra maestra de la elocuencia cristiana”. Los sermones se escribían de acuerdo a las normas retóricas -artificiosas- de la época, y cabe entonces preguntarse “qué queda (en ellos) de espontáneo, de vivo, de sincero?. ¿Hay que renunciar a leerlos? No. Sólo se necesita saberlos leer. Cuando se consiente, como lo ha hecho el autor, con las exigencias de la retórica, ésta no hace más que aumentar su belleza”.

“La carta fue también un género literario muy del gusto de los monjes. Esta manera de conversar por escrito se conciliaba con el silencio regular, la estabilidad y la clausura”. “No se comprenderían verdaderamente los medios monásticos, su vida intensa, su psicología, si no se tuviera en cuenta la literatura epistolar”. Largas cartas, o esquelas en recortes de pergamino, “cartas de vocación”, cartas de exhortación, de recomendación, de negocios, cartas doctrinales, personales... Magnífico testimonio del elevado rango que la amistad ocupaba en la vida de los monjes. “Así, la literatura es el reflejo de lo que hay de más profundo en el alma monástica”.

Cincuenta páginas dedica el autor a la teología monástica: su existencia; su puesto en la unidad de la teología; sus características, que son: Tradicionalismo, recelo de la dialéctica, vitalismo.

“Esa insistencia de los autores monásticos en la experiencia, a la que debe elevarse su conocimiento de fe, acaba por caracterizar su método teológico. Como se ve, si se distingue del método escolástico, no difiere de él en cuanto a lo esencial. De ahí que poner en claro el método monástico no sea lanzar la sombra del descrédito sobre el método escolástico”. Y concluye el autor: “No hay, no puede haber, dentro de la unidad de la Iglesia, más que una teología. Hablar de dos teologías es solo destacar que tal grupo de pensadores cristianos pone de relieve tal aspecto del único misterio de salvación, alguno de los componentes de la reflexión cristiana. Desde este punto de vista, los dos métodos que, por contraste, han sido caracterizados aquí, no son más que dos aspectos complementarios del método teológico. Después de haber mostrado los monjes que la oración y la humildad son las condiciones necesarias de todo conocimiento religioso que quiera ser una teología vivida, una teología para la vida, pueden entregarse, tanto como otros a la especulación, y no han dejado de hacerlo”. “Las dos teologías tienen en común el beber en las fuentes cristianas, y apelar a la razón. La teología escolástica ha recurrido más a los filósofos, la teología monástica prefiere, en general, la autoridad de la Escritura y de los Padres. Pero las fuentes fundamentales, de una y otra parte, son las mismas”. “Lo que caracteriza al pensamiento monástico es el recurso a la experiencia. La teología escolástica hace abstracción de ella”. “La teología monástica es, en cierta manera, una teología espiritual que

completa a la teología especulativa”. “Es ese plus, ese ‘sursum’, en el cual la teología especulativa tiende a superarse a si misma para convertirse en lo que san Bernardo llama un conocimiento integral de Dios: ‘integre cognoscere’”. “Esto proporciona a la teología monástica, al mismo tiempo que sus límites, su valor permanente”. Por eso “la teología monástica no pertenece al pasado, como tampoco la de los Padres. No es un estudio acabado; su papel no ha terminado”.

La liturgia. Los monjes medioevales no han escrito muchos tratados prácticos o eruditos sobre la liturgia, por la sencilla razón de que esos tratados sólo hacen falta cuando la liturgia está en decadencia y hay que esforzarse por restaurarla.

En donde los monjes hicieron derroches de laboriosidad, arte e ingenio ha sido en el rubro de los textos empleados en el culto mismo: prosas, metros, tropos, secuencias, motetes, y sobre todo himnos; de estos se conservan 42.000. “No tendríamos una idea exacta de la vida que llevaban los monjes, como tampoco de su actividad literaria, si perdiéramos de vista el lugar que esas composiciones han tenido en su empleo del tiempo y en sus preocupaciones. A estos textos les han profesado cariño”. “El ‘Alma Redemptoris Mater’, el ‘Veni Creator’, y otras joyas de nuestra liturgia actual, han nacido de esa intensa necesidad que experimentaron los monjes de la edad media de rimar para Dios”.

La gramática, la métrica, el canto, la música especulativa, todo estuvo al servicio de la “devoción”. “El culto, desde tiempo de san Benito, había sido la finalidad de la cultura”. “En la liturgia la gramática se elevaba al nivel escatológico, al tomar parte en la alabanza eterna que los monjes, asociados a los Ángeles, comenzaban a dar a Dios en el coro de su abadía, y continuarían en el cielo. En la liturgia se concilian perfectamente el gusto por las letras y el deseo de Dios”.

Termina la obra con un epílogo en el que el autor plantea, para mantener, dice, el carácter de “ensayo” de su estudio, dos problemas relacionados con la literatura y la vida mística.

En las últimas fronteras de la literatura se abre el campo de las realidades divinas inefables...